

# El primer peronismo y la clase obrera argentina: potencialidad revolucionaria

por Prof. Alejandro Friedemann y Prof. Nicolás Viapiana

El presente trabajo intenta construir una mirada comprensiva sobre el papel del proletariado en la etapa del primer y segundo gobierno peronista. Entender las características histórico-particulares que hacen del movimiento obrero argentino un caso *sui generis*. Un movimiento que vio una “potencialidad revolucionaria” en el peronismo desde su propia y específica concepción de revolución, estableciéndose este periodo como una etapa inconclusa frente a los sucesos que siguieron al '55, que implicaron, al poco tiempo, la pérdida de las conquistas obtenidas.

Milciades Peña en su artículo “*El legado del Bonapartismo: Conservadorismo y Quietismo en la Clase Obrera Argentina*”, nos dice: “...que el proletariado es la clase que tiene mayor probabilidad de actuar [...] como agente de cambio histórico capaz de construir la sociedad socialista.” Y “...en un país atrasado y semicolonial como la Argentina es el proletariado el que tiene las mayores probabilidades de sacar al país del atraso [...] construyendo con métodos socialistas la nación moderna...” (1964:70). Cabría preguntarse ahora: ¿Cómo construir una nación moderna con métodos socialistas? Sin duda se presenta una contradicción. Lo moderno hace referencia directa al establecimiento del Estado precisamente “moderno” de la burguesía, fundando la propiedad privada (“exteriorización del espíritu” según Hegel), incluso de los medios de producción, como corolario de dicho estado y sociedad. Nos dice Dussel: “...la Modernidad tiene un doble sentido: ser lo “nuevo” y lo “más desarrollado”” (2007:293). En Hegel el concepto de “desarrollo” cumple un papel fundamental, más en el caso de la Historia. El desarrollo es dialécticamente lineal y tiene una dirección en el espacio: “...la Historia Universal va del Oriente al Occidente. Europa (occidental y burguesa) es absolutamente el Fin de la

*“El peronismo no es la maravilla de los siglos, como por momentos hemos parecido creerlo muchos de sus militantes, ni el partido revolucionario tal como se lo concibe desde el punto de vista del marxismo. Pero tampoco es un partido de la burguesía ni una alienación de la clase trabajadora, tal como lo concibe un izquierdismo pueril que adjudica a un proletariado ideal ciertos niveles teóricamente determinados y luego los toma como pautas para juzgar al movimiento obrero concreto”.*

Jhon William Cooke

Historia...”. Así un “...país “subdesarrollado” [...] es “no-moderno” (para Hegel)” (Dussel, 1994:15), es decir, no-europeo.

Según este esquema, la construcción de una “nación moderna” sólo puede ser llevada a cabo por la burguesía, y la aplicación de los “métodos socialistas” sólo pueden ser aplicados sobre las bases de la sociedad capitalista ya desarrollada y con la formación avanzada de un proletariado industrial, porque el socialismo es la ideología que viene a superar, a dejar atrás al capitalismo, en ese movimiento dialéctico que Marx toma de Hegel.

Por lo tanto, la afirmación de Peña no refleja el esquema que el propio Marx plantea. Quizá el esquema desarrollado por Lenin sea más acorde a su propuesta: “...la revolución puede comenzar allí donde el capitalismo está más débilmente concentrado, allí donde la democracia es inexistente. No es necesario políticamente pasar por el estadio de la revolución burguesa...”. Y más adelante “...el atraso social de un país puede ser suplido por la utilización de medios políticos, por la dictadura del

proletariado.” (Prelot y Lescuyer, 1986:441). Sin embargo, no es claro su planteo.

La práctica habitual de intelectuales de izquierda argentinos de analizar la realidad desde el prisma rígido del marxismo, excluye los factores coyunturales que le otorgan al movimiento obrero argentino un carácter histórico-peculiar, sin adecuarse a las circunstancias histórico-geográficas, para terminar asignando al proletariado argentino características tales como: “conformista”, “pasivo”, “no combativo”, “quietista”, etc., por no hacer un “Octubre ruso” en Argentina. Quizá el problema reside en buscar caminos que no corresponden a nuestra realidad.

Siguiendo esta línea de análisis es esclarecedor lo afirmado por Pozzi y Schneider, luego de recoger testimonios de activistas de la década del '60 y '70, en los que se ve claramente cómo el socialismo implicó un cambio profundo en sus vidas pero que, además, tenía características particularmente argentinas ya que “es inseparable la sensación de que el socialismo es nacional puesto que, si bien la injusticia es algo que sufren todos

los trabajadores, tiene particularidades locales” (1998:60).

Entonces, ¿de qué manera puede la clase obrera llegar al poder? En nuestro país fue con el peronismo; “...una fuerza política con representatividad popular, [...] (con) elementos o tendencias ideológicas que permitan (y permitieron) presumir (en la clase trabajadora), la presencia de una **potencialidad revolucionaria**, aunque no sea en estado puro, pero en todo caso real” (Eggers Lan, 1973:50).

Puede afirmarse, de esta manera, que la clase obrera llegó al poder en el '46, sobre todo si se tiene en cuenta el tiempo que le llevó a la clase dominante derrotada en el periodo peronista dismantelar la estructura de seguridad social que dicho movimiento había construido. Pero es más significativo que aún hoy el peronismo sea la ideología y la bandera de lucha de la mayoría de las clases populares. Porque continúa viendo en él esa “potencialidad revolucionaria” capaz de reivindicar su clase. Porque, como afirmó Cooke, “...el peronismo fue el más alto nivel de conciencia al que llegó la clase trabajadora argentina” (2007:72).

Sería equívoco afirmar que sólo el marxismo es revolucionario, y que toda revolución es estrictamente marxista. Es un equívoco porque sería afirmar,

además, que el proletariado al elegir un camino diferente al esquema marxista se encuentra en el rumbo equivocado, menospreciando la facultad y capacidad de la clase obrera.

Tal menosprecio a la clase obrera argentina por parte de intelectuales ortodoxos es el concepto de Quietismo introducido por Milcíades Peña. Este lo utilizó para caracterizar al proletariado argentino desde 1955. Dicha afirmación no es pertinente si se contrasta con los datos aportados por Daniel James. Según este autor la “Resistencia Peronista” de la época tuvo su foco en las fábricas mediante la red de comisiones internas semiclandestinas. La lucha defensiva librada por los obreros evitó que el gobierno militar pudiera imponer efectivamente las políticas de racionalización y control interno en las plantas fabriles durante este periodo.

Más allá que estas políticas significaron una derrota para la clase obrera, que finalmente pudieron ser implementadas bajo el gobierno de Frondizi, tampoco reflejaría un estado de quietismo del proletariado nacional.

Las formas de resistencia que pusieron en práctica los obreros textiles y metalúrgicos durante esa época muestran que las bases obreras, en un contexto surcado por el plan Conintes y la presión

de la patronal, llevaron adelante las únicas formas de lucha que la coyuntura histórica les permitía. Pero el sólo hecho de haber librado estas batallas implica que no existió tal estado de Quietismo ya que el mismo Peña afirma que no se debe confundir la desmoralización que puede sufrir el proletariado luego de una derrota frente a la patronal con el quietismo de no librar batalla alguna.

La organización sindical, el incremento de la participación de los obreros de la renta nacional y los beneficios obtenidos fueron conquistas obreras, que según Peña los obtuvo sin lucha en el periodo peronista. Tales logros fueron fruto de las luchas libradas por el sindicalismo en la etapa preperonista, porque sin esta afirmación no se entiende el grado de desmovilización de la clase obrera. Los beneficios obtenidos, aunque sean concedidos, son resultado del persistente reclamo del movimiento sindical. Si bien existió una caída en la movilización obrera, como consecuencia de la rápida satisfacción de un gran número de demandas obreras a nivel político como económico, además de la implementación de estrategias de desmovilización por parte del gobierno peronista, como afirma Doyon, no se pueden ignorar tales luchas. “Las mejoras obtenidas fueron producto de la acción







directa del gobierno, pero en el proceso los sindicatos no fueron actores pasivos, tuvieron un importante papel en asegurarse la implantación completa de dichas reformas; tampoco limitaron su acción a poner en vigor la legislación social existente sino que trataron, y en algunos casos lograron, expandirla y transformar su contenido en varias áreas.” (2007:116).

Dicha desmovilización por parte del gobierno podría pensarse desde la concepción del peronismo de “alianza de clases”, aquella “armonía” o “unidad” tan mentada por Perón. Una fuerte organización sindical centralizada, donde la clase obrera se constituya orgánicamente y pueda situarse con sus derechos obtenidos frente a las patronales, empresas; en suma, la clase burguesa. Sin embargo, el movimiento obrero organizado verticalmente con una CGT más poderosa a partir de los nuevos estatutos establecidos en 1950, controlaba las organizaciones que la componían que a su vez sometían a sus seccionales a través del control de los fondos y la posibilidad de intervenirlas. Pero también es cierto que este control era más limitado en las bases del movimiento, prueba de ello son la caída de Espejo luego del repudio de los obreros en un acto público en 1952, o la actitud autónoma que desempeñaron, al margen de la CGT y las recomendaciones de Perón, algunos gremios como los metalúrgicos y los textiles durante las huelgas de 1954 que finalmente obligaron a las autoridades y las patronales a cumplir con las exigencias obreras. La puesta en práctica de las comisiones internas también fue resultado de las presiones ejercidas por los obreros y sus organizaciones. La formación de estas

comisiones significó una garantía efectiva para la implementación de la legislación laboral y los acuerdos colectivos.

Entonces, si la clase obrera durante el peronismo llegó a su nivel más alto de conciencia, viendo una fuerza política con representatividad popular que les permitió presumir la presencia de una “potencialidad revolucionaria”, es necesario plantear los factores que expliquen la caída del régimen sin que el movimiento obrero saliera a defenderlo.

Para que la toma del poder se hubiera podido efectivizar, más allá de la figura de Perón, se tendría que haber puesto énfasis y atención en la construcción de focos combativos, de cuadros políticos, para que las bases obreras, ahora sí autónomamente porque la situación lo requería, defendieran sus derechos políticos, económicos y sociales conquistados, para de ese modo ampliarlos y consolidarlos en consonancia con la revolución popular, en la cual el peronismo del ‘46 al ‘55 significaría sólo una etapa. Si bien hubo una tentativa de crear “milicias populares” por parte de Eva Perón, luego del intento de golpe de estado en 1951, estas no prosperaron.

Finalmente, puede considerarse que estudiar al proletariado argentino en la época del primer peronismo implica tener en cuenta los factores coyunturales que le dieron su carácter único, porque precisamente no se habla del *proletariado* como categoría universal abstracta, sino que se habla del *proletariado argentino*. Y es allí, precisamente, donde radica su particularidad. Y entender tal especificidad es el primer paso para comprender los procesos que han atravesado su formación y conformación

como sujeto histórico.

La clase obrera logró su nivel más alto de conciencia durante esta etapa, consiguiendo sus principales logros como clase en su vinculación con el Estado. Porque los derechos son obtenidos cuando son *realmente* vivenciados, y es en ese momento en que se percibe la conquista. Ese momento, en la Argentina, fue el peronismo.

Tal vinculación de los obreros con el Estado representó una nueva percepción del mismo, no ya como garante sino como representante de la voluntad popular, encontrando en él “potencialidad revolucionaria”, lo que no significa la revolución misma sino un momento o etapa de su movimiento. Este proceso de construcción en el ámbito del Estado debe fortalecerse fundamentalmente en los aspectos legales, administrativos e institucionales necesarios para consolidar esta nueva situación. Sin embargo, esta transformación no fue posible. Este es el desafío que enfrenta todavía la clase obrera argentina.

#### Bibliografía

- Cooke, John William (2007): *La lucha por la liberación nacional*. Quadrata. Buenos Aires.  
Dussel, Enrique (2007): *Política de la Liberación. Tomo I*. Editorial Trotta. Madrid.  
Dussel, Enrique (1994): *1492. El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “mito” de la Modernidad*. Plural Editores. La Paz.  
Doyon, Louise (1984): *La organización del movimiento sindical peronista. (1946 – 1955)*. En *Desarrollo Económico*, XXIV, 94. Buenos Aires.  
Eggers Lan, Conrado (1973): *Peronismo y liberación nacional*. Ediciones búsqueda. Buenos Aires.  
James, Daniel (1981): *Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina*. En *Desarrollo Económico*, XXI, 83. Buenos Aires.  
Gaggero, Horacio (2007): *El Estado, la economía y los actores sociales durante el gobierno peronista en Sociedad y Estado en América Latina*. Editorial Biblos. Buenos Aires.  
Peña, Milciades (Polit, Gustavo) (1964): *El legado del Bonapartismo: Conservadorismo y Quietismo en la Clase Obrera Argentina en Revista Fichas*. Buenos Aires.  
Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro (1998): *Memoria y Socialismo. Historias de la militancia argentina (1965 - 1975)* en *Taller. Revista de Sociedad Cultural y Política*. Asociación de Estudios de Cultura y Sociedad. Vol. 3 n° 6. Buenos Aires.  
Prelot, Marcel y Lescuyer, Georges (1986): *Historia de las ideas políticas*. La Ley. Buenos Aires.